

CAPITULO XXIII.

La señora Harding... "La Niña del Destino".

Siempre había podido observar que era inútil tratar de dejar satisfecha a la señora Harding con respuestas evasivas sobre cualquier asunto; pero en ese instante no estaba preparado para hacer otra cosa, de manera que comencé a decir:

-- Los diarios...

No me permitió continuar.

-- Ya sé todo lo que dicen los periódicos. Le pregunto a usted... ¿quién mató a Jess Smith... y cómo?

-- ¿Pero cómo podría yo saberlo?

-- Usted lo sabe.

-- No lo sé, pude contradecir verídica y honradamente.

-- Y yo digo... ¡que sí lo sabe!

¿Sería posible que ella me creyera lo suficiente estúpido para decírselo, aún en el caso de que lo supiera?

-- Tengo mis teorías y deducciones, es cierto; pero nada sé en firme; le repliqué quietamente.

-- ¿Por casualidad sabe usted... para qué me quería ver? Jess Smith se esforzó día y noche por verme... para confiarme algo importante, decía. ¿Qué sería eso? ¿Podría yo haber evitado estos acontecimientos?

-- No lo podría usted haber evitado, pude al fin contestarle ingenuamente y hasta con algo de satisfacción.

-- ¡Ojalá que lo hubiera visto! Lo habría intentado; ¡quizá podría haberlo ayudado! ¡Pobre Jess!

Aparentemente no se fijó ella en que dejé de contestar su primera pregunta.

-- ¿Se suicidó él? preguntó repentinamente; ahora ya sabía yo estar preparado para estos cambios rápidos.

-- No lo creo. Jess Smith nunca disparó una pistola en su vida. Sentía verdadera aversión por las pistolas; pero... señora Harding... eso ya pasó y ha terminado; Jess... ya murió. ¿No tiene usted suficientes preocupaciones con los vivos, para ocuparse de él?

Pero no era persona que se dejaba desviar del objetivo de sus propias deducciones; finalmente dijo:

-- Entonces... lo envenenaron; así lo pensaba yo. Más bien, desde el principio lo supuse; algo me lo anunciaba; sí, estoy segura.

Como no podía contradecirla, pues era inútil, añadí:

-- El hablaba siempre de unos mortales "polvillos blancos" que acaban suave, rápidamente y sin dolor con la persona.

-- Sí, lo oí hablar alguna vez de esos "polvillos blancos"; Jess ha muerto y... ¡yo tenía razón! Ahora, señor Means, nos ocuparemos preferentemente de los vivos; todavía no le he confiado todos mis planes; tengo una línea de conducta muy precisa... definida... y adoptada. Ningún poder humano podrá desviarme de ella; quiero que usted la conozca.

Era sin duda una mujer de resolución. Todo en ella indicaba la decisión de sus propósitos: profunda, valerosa... "La Niña del Destino".

-- Estoy resuelta a que las influencias negativas, cada una y todas ellas, que rodean y dominan enteramente al Presidente, sean eliminadas. Con toda la maldad de un demonio seductor, Nan Britton gobierna al Presidente Harding; y por medio de ella... sus amigos lo dominan con vara de hierro. Las lágrimas de una mujer inocente han sido siempre impotentes ante la sonrisa seductora de una hermosa muchacha... en otra época podría yo haber comprado una "orden de reclusión" para ella, y... ¡ahí habría terminado todo!

Cierto, pensé para mis adentros; y... si América tuviera una Bastilla para devorar despiadadamente los seres humanos, indudablemente que Nan Britton estaría ahí dentro... y también el señor Harry Daugherty... y muchos otros... y yo también, naturalmente... fue mi conclusión mental.

¡Ya desde el primer instante en que penetré a la Casa Blanca, este secreto se había convertido en una montaña que pesaba terriblemente en mi pecho, como la roca infernal que agobiaba los hombros de Sisifo. ¡Pero me libraré de ella!

-- No habrá recurso, señor Means, prosiguió ella, que yo no toque para lograrlo. He tenido varios consejos de guerra con el General Sawyer. Me apoya firmemente; bien podemos apreciar ya los anuncios escalofriantes de algo que amenaza aplastarnos. Vislumbramos verdaderos cataclismos. Y... raro e incongruente como parezca, la muerte de Jess Smith ha borrado el último vestigio de vacilación y de temor.

"Estoy firmemente decidida a que Warren Harding quede en lo sucesivo absolutamente bajo mi dominio. Por esta exclusiva razón se está preparando el viaje a Alaska.

"Aún contra mi voluntad, las palabras proféticas de la señora X resuenan constantemente en mis oídos. Yo soy una "Niña del Destino" y tengo que cumplir ese destino. "EL PRESIDENTE-

TE TENDRA QUE MORIR ANTES QUE YO". Y las estrellas han decretado que morirá con honra; no puede haber escapatoria de tal veredicto.

"YO... yo sola... cumpliré el destino final de Warren Harding; lo cual significa exactamente lo que está sucediendo: que la verdadera Autoridad está en mis manos. Warren Harding no podrá nunca hacer nada sin mi conocimiento y aprobación. La nación más grande, rica y poderosa del mundo conocerá la dirección de una mujer; Harry M. Daugherty hará explosión con su propia bomba; la punta del látigo que mantuvo sobre el Presidente caerá en sus propios hombros; será una gigantesca tarea que requerirá de todo mi ingenio y hasta mis reservas de energía y astucia... pero encontraré la manera de llevarla a cabo. ¡Fíjese bien, la encontraré!"

¿Se habría vuelto loca de remate aquella mujer? me preguntaba a mí mismo al oírla hablar; pero... ningún loco podría desarrollar ningún tópico con tal concentración.

"Cada palabra profética que la señora X ha pronunciado alguna vez se ha convertido en realidad y ha tenido que cumplirse. Yo soy... una "Niña del Destino!" Desde este día... Gaston Means, desde este mismo instante, quiero que usted sepa que comienzo a vivir mi destino; soy la Regente suprema de mi esposo, el Presidente de los Estados Unidos y de su Gabinete... el Congreso, el Senado, todas las autoridades que funcionan dentro del engranaje administrativo. Yo soy... Florencia Kling Harding... quien controlará y dirigirá esa maquinaria con la punta de mi meñique. ¡Espere y verá! ¡Quien ríe al último ríe mejor!

"Nada tengo ya que desear más en mi posición de ahora. Estoy en la cúspide y veo ante mí el ideal glorioso del Poder... hacia el cual está libre el camino. ¡Me afirmaré en esa cúspide! Fíjese en lo que le digo. Quizá el mundo no llegue a saber nunca en toda su amplitud lo que una mujer con voluntad de hierro ha logrado hacer; pero usted... Gaston Means... usted sí lo sabrá!"

Ya irradiaba en su fisonomía la sonrisa de la victoria. ¡Cuán cierta se sentía de su porvenir! ¡Un porvenir de gloria imperecedera y una deslumbrante corona triunfal! ¿A qué se refería? Debía estar loca, pensé, pero a las claras podía ver que no lo estaba...

-- Lo que usted me dice, señora Harding, puede ser todo cierto... pero no entiendo ni jota; yo uso un lenguaje más sencillo. ¿Qué significa todo? Pero hágamelo en mi idioma, por favor.

Sus labios se oprimieron; nuevamente cruzaba y separaba los dedos, cuando me repetía:

-- Ya lo sabrá... ya lo sabrá...

-- Puede ser; pero si usted quiere que yo sepa algo ahora, tenga la bondad de decírmelo de manera que pueda entenderlo. Esto de "Niña del Destino" para mí no tiene significado alguno... El Destino para mí es... ¡absolutamente nada!

-- Por supuesto... ¡pero ya lo será! ¿Quiere saber mis planes precisos?

-- Sí.

-- Muy bien. Vamos en este viaje a Alaska; los que vayan con nosotros al viaje serán escogidos exclusivamente por mí; la campaña activa para la reelección comenzará pronto, muy pronto. Esta es la crisis.

"En este viaje, yo, y únicamente yo, ayudaré al Presidente como secretaria, como lo hacía hace muchos años. Así estaré en posibilidad de conocer todos los riesgos y amenazas que lo rodean. No habrá carta o telegrama o documento que llegue a sus manos... que no haya pasado antes por las mías. Ello me dará la oportunidad que nunca he tenido, desde que estoy en la Casa Blanca, de saber exactamente lo que Warren hace cada minuto del día y de la noche. Si los peligros que lo rodean son vencidos, se deberá a mí exclusivamente.

¡Dios de los cielos!... ¡qué infernal brevaje produciría este arreglo? Y me acordé que... Daugherty no había sido invitado a formar parte de la comitiva!

-- He llegado al punto en que desconfío de cualquiera relación con esposas de Senadores, o amigas o conocidas. ¡Hay tantos rumores desagradables que llenan el espacio! Usted lo sabe; Washington descansa ahora sobre el cráter de un volcán (29). No sé qué es lo que pasa... pero ¡lo sabré! Desde el momento en que partamos, yo seré la Secretaria del Presidente... y la única.

¡Con qué rapidez... ¡como de rayo! pude vislumbrar el riesgo inminente de tal secretariado. ¿Cómo pudo haber consentido el Presidente en tal arreglo? ¿Estaría tan doblegado que en su desesperación ya nada le importaba?

-- Pronto podré saberlo... muy pronto... y exactamente, en qué consisten todos esos peligros y cuál es su trascendencia. Estoy decidida a no dejarme engañar. Y si por un momento sospechara que se tratase de hacer fracasar mis planes... entonces el castigo no caerá sobre Warren Harding ni sobre mí; al primer aviso, o a mi primer asomo de sospecha, de cualquier riesgo inminente de escándalo... ¡no llegarán jamás a lograrlo!

-- Realmente no comprendo lo que usted quiere decir.

Se explotó por fin:

-- Quiero decir... que Warren Harding no tendrá que soportar sobre sí las malas acciones de los canallas que lo rodean.

-- ¿Y cómo podrá usted evitarlo... si sobreviene la crisis?

Instantáneamente contradijo:

-- ¡No llegará esa crisis! ¿No ve usted que lo que he dicho es la verdad? Yo, y yo sola... es quien manda!

La tensión nerviosa del momento era casi insoportable; tratando de suavizarla observé riendo:

-- ¿Todavía tiene usted fé en la señora X? ¡Bien lo veo!

Pero aquella tensión no se suavizó, sino que se aumentó. Nunca había visto una mujer de tan firme resolución. Ella argumentó:

-- ¿No fué una adivina quien auguró a Josefina que estaba predestinada a ser la Reina de Francia? Y parecía algo así como una broma tonta... demasiado vaga para tomarla en serio; y sin embargo... ¡así sucedió!

La señora Harding había hablado mucho de Josefina y de Napoleón, y ahora prosiguió con el mismo tema:

-- Josefina ayudó a Napoleón con toda la energía y astucia y atractivos de que disponía. La verdadera historia de Josefina es la historia de una mujer perfecta... hasta en tanto no se sometió ignominiosamente a Napoleón. Fué una tonta; nunca debería haberse resignado a aceptar el divorcio; su aceptación de lo que pareció inevitable fué, naturalmente, un vestigio de las épocas de ignorancia y de sumisión femenina. ¡Una esposa rechazada! Ningún hombre podrá comenzar a comprender la ignominia de tal cosa, ni el candente sentimiento de degradación y de injusticia. ¡No seguiré su ejemplo!

Nadie podría haber supuesto nunca, ni siquiera yo, que ella lo haría. ¿Habrían incendiado y consumido el cerebro de esta mujer los recuerdos de sus esfuerzos y sacrificios de antaño en beneficio de la realización de las aspiraciones de Harding... y la infidelidad y banalidad constantes de su esposo... y los crímenes cometidos por aquellos que gobernaban a su sombra... y los peligros de escándalo que se acumulaban y agolpaban... y el riesgo inminente de una acusación, con su correspondiente degradación y probable encarcelamiento... ¿habrían todas estas ideas alterado y destrozado la mente y el corazón de esta mujer desdichada y deshonorada, a tal grado que su intensa y desesperada preocupación le estuviera acarreado la pérdida de la razón? ¡Tal vez!

Pero ningún cerebro extraviado podía coordinar sus ideas con tan inteligente y precisa continuidad como la señora Harding lo hacía; de toda esta entrevista deduje la consecuencia única de que ella estaba ahora impelida por emociones poderosas que la arrastraban.

Dentro de todo aquello estaba su firme resolución de llenar su cometido como "Niña del Destino" y dirigir el gobierno, a pesar de todos los riesgos y de todos los obstáculos que pudieran presentarse. Esto quería decir que no permitiría fracasar ninguno de sus planes y ambiciones. Esto significaba también que su esposo, Warren G. Harding, Presidente de los Estados Unidos, a despecho de todas las eventualidades, nunca se vería obligado a sufrir sobre sus hombros las consecuencias de las maldades y malas acciones de los canallas que lo rodeaban. Esto significaba también que Warren G. Harding no sería colocado nunca en la alternativa en que pudiera preferir "llevarse a su hija y desaparecer"... ¿Triunfaría ella... o fracasaría?

Ella continuó:

-- ¿Tuvo alguna mujer, en la historia del mundo entero, que afrontar alguna vez una situación tal? Yo no vacilaré ni titubearé. ¡Nadie me burlará!

"Y cualesquiera que sean las noticias que usted reciba, Gaston Means... bien sea aquí en Washington o de nosotros durante el viaje a Alaska... acuérdesse que yo considero a usted... como mi amigo y protector. ¿Lo comprende usted, y estará a mi favor?

-- Sí lo haré.

¿Cómo podía yo haberme imaginado, aún en aquel momento, lo que bullía en la mente de aquella mujer con el corazón destrozado pero lleno de energía?

---:::---

CAPITULO XXIV.

El viaje a Alaska... y el Final.

Varias semanas después, estando en mi oficina de la calle 16 No. 903, al atardecer del 3 de agosto, entró repentinamente el Coronel Miller. No lo había oído hasta el momento en que se encontró frente a mí:

-- El Presidente Harding ha muerto, anunció.

-- ¡Cómo!

-- Acabamos de recibir la primera noticia de la muerte del Presidente Harding. Las extras invadirán las calles dentro de unos minutos.

-- ¡No es posible, no es posible! repetía yo; pero inconscientemente, sin descanso, se entrechocaron en mi mente las más descabelladas conjeturas y muchas deducciones contradictorias, y en el fondo de todo ello... un vago presentimiento y oculto temor.

-- No es posible, repetí de nuevo.

-- ¡Por Dios! Te digo que ha muerto, casi me gritó el Coronel Miller, pues parecía como si yo no le hubiera entendido.

-- No lo puedo creer, contesté brevemente, tomando mi teléfono y llamando a un amigo relacionado con el servicio de información Universal. El podría confirmar o rectificar la noticia; pero todos los teléfonos estaban ocupados y no pude localizarlo. El Coronel Miller se sentó:

-- Gaston... el veneno de Ptomania no mata en una semana; y a él lo envenenaron con él en Vancouver.

-- Hace exactamente cinco días.

-- Ciertamente, cinco días; pero ¿cómo se tomó el veneno? No comió nada de lo que no comían todos los demás! ¿O sufriría alguna indigestión violenta?

-- No lo sé.

-- ¿Padecía trastornos orgánicos de alguna índole?

-- Tampoco lo sé.

-- ¡Por Dios! ¿Entonces qué sabe? Bastante tiempo ha andado usted por todos lados de la Casa Blanca y con suficiente frecuencia para saber algo. ¿Lo sorprende esta noticia?

¿Trataría el Coronel Miller de sacarme de mis casillas o

de hacerme "cantar"? ¿Estaría esforzándose por hacerme revelar algún secreto?

-- Repito... ¿le sorprende esta noticia? insistió.

-- ¿Cuál? ¿La de la muerte del Presidente? Sí, me sorprende mucho más de lo que usted se imagina. En mi vida he recibido mayor sorpresa.

En aquel instante oí que mi esposa abrió la puerta que al extremo superior de la escalera comunicaba los pisos; bajó hasta a media escalera y me gritó:

-- En la calle andan voceando las extras... que el Presidente ha muerto!

Abrí la puerta del frente, quitando el barrote de hierro y salí a la calle; los papeleros parecían llenar todas las calles, gritando sin cesar que el Presidente había muerto!

Ansiosamente leí las breves noticias. El Coronel Miller regresó a la oficina y permaneció ahí toda la tarde, comprando todas las extras que salían. Cerca de media noche le dije:

-- ¿No tiene usted algún amigo en San Francisco de quien pudiera obtener el "fondo" del asunto?

-- Sí, me contestó; es buena idea. Tengo de quien valerme.

Fuimos ambos a la oficina telegráfica más cercana y el Coronel telegrafió a un amigo suyo, funcionario del gobierno. Su respuesta no se hizo esperar y decía:

"Los motivos de su muerte parecen estar envueltos en el misterio". (30).

Y entonces... repentina y vívidamente apareció en mi imaginación la figura de aquella mujer pálida y resuelta con quien había hablado en el prado de la mansión de la señora Boyd... Resonaban aún en mi oído sus palabras: "Estoy resuelta; ¡no me burlarán! ¡Gran Dios! ¿qué habría pasado, que habría sucedido? Mientras tanto el Coronel Miller comentaba:

-- Supongo que los diarios de allá estarán publicando la misma información que los de aquí.

Una o dos veces, el Coronel y yo fuimos a los Clubs de la Armada y de la Marina. Yo escuchaba los comentarios con una ansiedad e interés casi imposibles de ocultar. ¿Qué habría acontecido? ¿Qué sería aquello? Me preguntaba cien veces; e invariablemente, la respuesta era la fisonomía pálida y resuelta de aquella mujer; no podía rechazar aquella visión en mi mente.

Repasé, palabra por palabra, nuestra entrevista, y en-

tonces recordé que me había pedido que fuera su "amigo y... protector", fuesen las que fuesen las noticias que recibiera; y yo lo había prometido. ¿Comprendía ella ya que necesitaría un protector?

Leí y estudié y releí todos los periódicos, palabra por palabra, y estuve pendiente del traslado del cadáver a través del continente, por medio de las relaciones de los diarios. Observaba con profundo interés y ansiedad todo lo que se decía de la señora Harding. Todos dedicaban mucho espacio a mencionar lo admirablemente bien que ella estaba comportándose bajo tan tremendo choque.

No escapó a mi mente el hecho de que por la primera vez en su vida, estaba ella ocupando el punto culminante de la atención mundial... todo el mundo estaba fijo en ella. Racioné si habría ella llegado ya al pináculo del Poder a que aspiraba... y si la nación había ya sentido la influencia del toque de su dedo meñique de que hablaba... como árbitro de sus destinos: quizá... ¡por un instante!

Me ví obligado a conceder que ella debía sentir una muy grande e íntima satisfacción por su notoriedad mundial... sin importarle en qué forma la había adquirido ni lo poco que podría perdurar...

-- ¡No me burlarán! había aseverado. Y de hecho que no lo habían logrado; no se había llegado el escándalo; mientras que si el Presidente hubiera vivido... ¡Ah, pero yo no podía formular deducciones ni hacer conjeturas mientras no supiera algo más preciso!

Cuando el cadáver del Presidente Harding llegó a la Estación Unión en Washington, ahí se encontraban los curiosos de rigor, de todas las esferas sociales. Yono me encontraba ahí, sino continuaba en mi despacho de la calle 16.

No habían pasado más de treinta o cuarenta minutos después del anunciado arribo del tren, cuando llamó mi teléfono confidencial:

-- Habla la señora Boyd... ¿Señor Means? -- Sí. -- La señora Harding está aquí en casa. Me he hecho cargo de ella, y ella desea que venga usted en el acto. -- Voy inmediatamente.

Me dirigí allá tan rápidamente como lo permitieron los ciento cincuenta caballos de mi automóvil; evidentemente la señora Boyd me esperaba, pues salió a recibirme a la puerta. Al llegar al vestíbulo principal me dijo:

-- La señora Harding me ha suplicado que los deje a solas, a lo cual, naturalmente, he accedido; pero, por si me necesite o desee llamarme, estaré cerca. Diciendo lo cual abrió la puerta del comedor y me indicó que entrara.

Ya estaba ahí la señora Harding, sentada, como de costumbre, al lado de la mesa del comedor; se había quitado el sombrero y portaba una kimona amplia, de colores oscuros, que posiblemente le habría facilitado la señora Boyd.

Su cabello estaba más blanco... más pálida su faz... más inquietas sus manos con azuladas venas y más nerviosas. Estaba sentada con las manos sobre el regazo, cruzando y separando los dedos de ambas.

En el instante en que la ví... pude formular nó mis conjeturas, sino mis conclusiones. Sus ojos estaban firmes en su brillantez; alertas, fríos, duros. No había vestigios de dolor, histeria ni pesadumbre. Frente a mí estaba una mujer resuelta, calculista, decidida. Sus primeras palabras me sorprendieron.

-- Señor Means... creo que le agradaría una copita; reconozco que a mí me hace falta.

La licorera estaba sobre la mesa, junto con dos vasos; me sirvió y luego hizo lo propio para ella. Sus siguientes palabras representaron una sorpresa mayor para mí. Me reclamó: "No cumplió usted mi recomendación".

-- ¿A qué se refiere?

-- Le pedí que estuviera en la estación, y no lo hizo.

¿De qué me estaría hablando?

-- ¿Me recomendó que estuviera en la estación? ¡No he sabido tal cosa!

-- ¿No recibió usted mi carta?

-- ¿Una carta? ¿Qué carta?

-- Una carta... muy importante... que le escribí de San Francisco. Usted ha sido mi único consejero.

-- ¡Pues no ha llegado!

Pareció alarmarse ante este detalle mucho menos que yo; ¿qué me habría dicho ella... en una carta... que en este momento podría estar ya en manos del Servicio Secreto?

Luego me preguntó:

-- ¿Dónde está Nan Britton?

-- En Europa.

Hubo una prolongada pausa y entre nosotros reinó un silencio tan profundo como la eternidad misma. Finalmente ella lo rompió diciendo:

-- Señor Means... no tengo remordimientos en absoluto; pero necesito su consejo.

-- Entonces... necesita relatarme, señora Harding, exactamente lo que pasó.

Se reconcentró como si hablara consigo misma, en rápida recordación y con voz alterada que mostraba que trataba de dominarse, me relató nuevamente lo que ya me había contado respecto del Presidente... cómo la "compañía" había venido cerrando más y más el círculo de hierro en que tenía sujeto al Presidente, haciéndolo más despiadado; cómo lo venían obligando a firmar todo lo que se les ocurría; cómo se dificultaba más y más para ella saber qué era lo que su esposo hacía; cómo el Presidente había venido perdiendo su porte jovial y confiado, y parecía y vivía más bien como un animal perseguido, rodeado y acosado contra la pared; en qué forma se convenció ella más claramente de que el desastre era inminente e inevitable, y que solamente ella, la "Niña del Destino" podía frustrar las infernales maquinaciones de la "compañía", poniéndolo a él a salvo de sus maquinaciones en una forma que lo alejara enteramente de sus garras y que no pudieran continuar sus nefastos procedimientos.

Ella continuó:

"Como usted sabe, el final se acercaba, la crisis sobrevinía. Como secretaria suya conocí peligros en los cuales no había soñado... que se acercaban de todas direcciones."

Sus rumores no eran infundados; el Washington Oficial había venido bullendo en una fermentación completa; desde que el Diputado Keller (29) inició sus acusaciones y noticias relacionados con el Departamento de Justicia, se esperaba una explosión en cualquier momento, y el viaje del Presidente a Alaska no había logrado siquiera acallar las interpelaciones.

"Un día... prosiguió ella, estaba él escribiendo una carta; casualmente le pregunté a quién escribía, a lo que replicó que era para su anciano padre... en Marion. ¡Pero me mintió! aquella carta era para Nan Britton; yo la intercepté... ¡No, no tengo remordimiento alguno!"

De nuevo se hizo el silencio. Noté que su fisonomía palidecía más y por un breve instante temblaron sus labios; pero su voz era clara y firme cuando resnó su relación:

"Estuve sola con el Presidente... y... nada más unos diez minutos; era hora de su medicina; se la di, y la tomó; se recostó en las almohadas un momento, con los ojos cerrados... descansando. Luego, de repente, abrió desmesuradamente los ojos... movió la cabeza y me miró fijamente. Yo estaba al lado de su lecho."

Se detuvo, y yo no pude evitar mi pregunta:

(Ilustración en página 261 del libro).

(Retrato del Presidente Harding, enfermo, envejecido).

...el Presidente había venido perdiendo su porte jovial y confiado, y parecía y vivía más bien como un animal perseguido, rodeado y acosado contra la pared...

-- ¿Cree usted... que él se lo imaginó?

-- Sí, creo que lo comprendió. Luego... suspiró y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Después de unos minutos llamé pidiendo auxilio... los periódicos dijeron el resto. ¿Ha leído usted todas las descripciones de los periódicos? preguntó.

-- Sí.

-- ¿Están claras?

-- No.

-- ¿Convencen?

-- No; a mí no, después de un estudio analítico.

-- ¿Despertarán sospechas en la generalidad de la gente?

-- Creo que no.

Siguió diciendo:

"Usted comprenderá que a nadie puedo consultar ni hablar... sino a usted. Usted ha sido mi amigo... lo ha demostrado en tiempos de prueba. Confío en usted; nadie más que usted sabe la verdad íntegra de lo que ha pasado. Quiero saber a quién pertenece realmente el cuerpo de él.

-- A usted.

-- ¿Tengo derecho preferente sobre él?

-- Sí.

-- ¿Puedo impedir la autopsia?

-- Sí.

-- ¿Dónde está la niña de Nan Britton?

-- Eso no lo sé. Quizá con la señora Willets.

-- ¿Podrá ordenar una autopsia el doctor Harding?

-- Creo que no.

-- ¿Quién puede determinar cuándo y dónde será el sepelio?

-- Es prerrogativa de usted.

Sus preguntas se sucedían como fuego graneado y yo procuré contestarlas lo más rápidamente posible.

-- ¿Cómo podré saber que ellos no harán la autopsia sin

mi conocimiento? me preguntó.

-- Eso puede impedirse.

-- ¿Cómo?

-- Haciendo guardia al cadáver; pues el absurdo más grande sería notificar a cualquiera persona que usted no permitiría que se hiciera la autopsia.

-- Sí, lo comprendo, y he arreglado que no se haga la máscara mortuoria del Presidente, a pesar de que eso es contra la costumbre. (31).

-- En caso de que alguien preguntase... la única objeción que haría usted a la autopsia, naturalmente, es... que le apenaría profundamente la mutilación de su cuerpo. Esa es la única; mucha gente se opone decididamente a la autopsia.

-- Naturalmente; por supuesto.

¿Estaría hecha de piedra aquella mujer? cavilé. Ni siquiera una lágrima (32); nada de emociones; sólo una lógica helada... y... su propia defensa.

De nuevo se detuvo; nada dije, y continuó:

-- Usted sabe bien que, siempre y en todas las formas, al tratar de defender a mi esposo, lo que logré fué formar una barrera de oposición, que llegó a cerrarse. Por todos lados era befada y escarnecida... Pero... Warren Harding murió... con honor, como la señora X lo profetizó. Si él hubiera vivido veinticuatro horas más... pudo haber sido acusado... ¡Nada hubiera podido detener los torrentes que se precipitaban tan rápidamente sobre nosotros!

"No he traicionado a mi País ni al Partido que mi esposo quiso tanto. Ambos se han salvado... y no siento remordimientos... ¡He cumplido mi destino!

Luego... del profundo y grave silencio que siguió, como si respondiera a preguntas que no me atreví a formular... me dijo, mirándome firmemente y con voz segura, helada, sin el más ligero temblor:

-- Señor Means... hay cosas en la vida que a nadie se dicen.

-- A lo cual le repliqué: Señora Harding... hay cosas en la vida que... ¡no es necesario decir! Y desde ese instante nos entendimos.

FIN.

EPILOGO.

EPILOGO.

Explicaciones y Deducciones.

Después del entierro pasaba yo por el recibidor del Hotel Washington cuando oí una vocesita tímida decir: Señor Means...

Me detuve y miré a mi derredor; había grupos de personas de pié y otras sentadas en divanes y sillas; aparentemente nadie me había llamado; iba a continuar mi camino cuando de nuevo, como si viniera del espacio, escuché otro ténue: Señor Means.

Por segunda vez me detuve; pensé si comenzaría a oír visiones, cuando un hombrecillo que estaba de pie en un oscuro rincón entre dos ventanas, atrajo mi atención. Hacía señas aparatosamente. Comprendí que trataba de llamarme la atención y me dirigí a dónde él estaba; no pude reconocerlo hasta que estuve junto a él:

-- General Sawyer! (No lo podía conocer... sin su uniforme!

-- ¿Va usted... ocupado? me preguntó temblando.

-- Siempre estoy ocupado. ¿En qué puedo servirlo?

-- N... no, creo que no. Me sentía... sólo y pensé que quizá podría usted sentarse a charlar un rato.

Había algo doliente y digno de compasión en aquella figurilla.

-- Con gusto, General.

Nos sentamos en el diván que estaba entre las dos ventanas.

Parecía incoloro, neutro, dentro de su traje oscuro de trabajo. Yo no podía imaginarme al General Sawyer sin sus botones relucientes. Todo brillaba en él antes, pero ahora... todo era opaco y sin vida. Hasta amarillos se veían sus dientes postizos, antes brillantes también. ¿Para qué me querría? Sus primeras palabras arrojaron alguna luz.

-- Usted sabe todo lo que pasa. ¿No ha oído usted a alguien expresar alguna... sospecha... eh?

Con satisfacción pude asegurarle que no había descubierto ningún peligro. ¡Bueno...! cuando mucho algo así como un ligerísimo comentario... de cuando en cuando; pero nada serio.

-- Me alegro de saberlo. Me siento... hecho pedazos. No puedo olvidar esto. Ando rondando por Washington, sentándome en recibidores de hoteles... nada más porque sí, sin ningún motivo. No podré olvidar esto nunca.

-- Indudablemente, asentí.

-- Yo no tomé parte activa en ello en absoluto, usted lo comprende, ninguna. Usted sabe que había rumores de que... lo acusarían?

-- Por supuesto... conozco esos rumores.

-- Nada podría haberlos detenido, nada. Yo mismo creo... que él en persona habría preferido esta... escapatoria... pues todos los demás caminos, sin excepción, estaban bloqueados.

-- ¿No tiene inconveniente, General, en relatarme exactamente cómo pasó? le pregunté, considerando que sería un cansancio para él hacerlo; y que en realidad me interesaba saberlo.

-- Bueno... pues... ella y yo despedimos la guardia; el agente del Servicio Secreto estaba fuera, a la puerta. Ella le dijo que el Presidente estaba tan mejorado... que deseaba que todos se sintieran tan en casa como fuera posible... que ella deseaba que todo estuviera lo más tranquilo aquella tarde, como en su hogar, y entre ella y yo cuidaríamos al Presidente. También mandó las enfermeras a sus habitaciones para que descansaran.

Se detuvo, como pensando cómo continuaría; yo bien sabía que era mejor no violentarlo, y permanecí callado. Finalmente reanudó su narración:

-- Luego salí a andar un rato.

¡Esto sí que me sorprendió!

-- ¿La dejó usted sola?

Asintió al decirme.

-- Sí, sola. Usted sabe... en Vancouver... no había que hacer. Creí que era mejor salir; y ella nunca me lo perdonará.

El no pensaba ya en la vida... pensaba en que lo había enredado todo...

-- ¿De manera que ella no se lo perdonará, eh?

Movió la cabeza.

No puedo impedirlo. Pasé por el recibidor y los empleados y los periodistas me vieron; pero no había aún salido del hotel... cuando me llamaron. No deben haber pasado más de diez minutos. Nunca lo olvidaré; no puedo pensar en otra cosa; y sin embargo, de nada tengo qué reprocharme, ¡de nada! La muerte en sí no es tan mala; hay muchas cosas en el mundo... peores que la muerte. ¿No lo cree usted, señor Means?

-- Sin duda, lo creo.

Lo dejé que siguiera sentado, sin motivo alguno, en aquel recibidor, convertido en un hombrecillo fracasado... que trataba de aligerar su conciencia con triviales consideraciones y conservando ahora sólo un objetivo en la vida: el de la propia defensa.

II.

-- Señor Means... no tengo remordimientos.

La señora Harding me había repetido estas palabras cuando regresó del entierro del Presidente Harding en Marion, Ohio. Había pasado allá solamente algunos días.

Estábamos sentados en una banca del jardín trasero de la Casa Blanca; se me había dicho que la señora Boyd y una amiga visitaban a la señora Harding, quizá como visita formal de duelo y simpatía, y que en aquel momento estaban todos en el patio de la Casa Blanca; naturalmente que yo debía andar por ahí vigilando, y tan pronto como las visitantes salieron, la señora Harding quiso que la acompañara ahí.

Me dí cuenta de la salida de la señora Boyd y de su amiga; la señora Harding estaba pendiente de mi llegada; estaba de pie, junto a un banco de flores: fría, calmada, reposada.

Su saludo fué: -- Rápido como siempre, señor Means...

Nos dirigimos a una callecilla y encontramos un banco entre dos árboles; según mi costumbre, me mantuve silencio esperando su conversación.

-- Quiero expresarle, señor Means... cuánto agradezco lo que usted ha hecho por mí. Parece ahora como una lejana pesadilla... pero tenía qué suceder.

Pensé que aquel era el momento propicio para ayudarla a conversar.

-- He tenido una plática con el General Sawyer y me ha relatado todo.

-- ¿De manera que ahora lo sabe... todo?

-- Creo que sí.

-- ¿Le dijo de lo de... Vancouver?

-- Sí, lo sugirió.

-- Eso pudo ser fatal... Pero pasó... ¡Nada, NADA podía impedir el cumplimiento del destino, tal como el destino fué decretado!

¿Tendría que escuchar nuevamente una conferencia sobre la luna y las estrellas? Interrumpí algo bruscamente:

-- El General Sawyer me dijo que usted visitó a la señora X antes de salir de viaje.

-- No debería haber dicho tal cosa.

-- El salió a hacer ejercicio...

-- Y me quedé sola... con el Presidente; y... nada más unos diez minutos. ¡Ah! debo reconstruir mi vida y continuar cumpliendo mi destino.

-- ¿Tiene ya sus planes?

-- Sí. Quiero hacer el viaje a Europa, que ha sido el ideal hacia el que me he dirigido siempre. Tendré que ir sola; pero... comenzaré a desarrollar mis planes. Tengo bastante dinero. El único obstáculo que obstruye mi camino es... Nan Britton; ¡Nan Britton todavía! ¿Cómo podré saber de lo que ella es capaz de hacer? ¿Me atreveré a salir del país... para que luego venga ella a armar el gran escándalo... y quién sabe si hasta a acusarme? Esa mujer es la maldición de mi vida.

Se detuvo, cruzando y separando los dedos de las manos; nada dije. Por lo que a mí atañía, mi trabajo profesional para la señora Harding había terminado... y no me arrepentía de ello. En aquel momento fué cuando, casi con los dientes apretados, repitió:

-- Señor Means... no tengo... ningunos remordimientos!

-- ¿Para nada me necesita ya, verdad? pregunté.

Se levantó de repente, como para decir adiós. Yo le dije:

-- Y... ¿Qué deberé hacer con los datos que le he reunido, las cartas del Presidente a Nan Britton, los diarios de ella, las cosas?

-- Guárdemelos; o... mejor dicho... se los regalo. Me pertenecen, son míos legalmente, y yo los obsequio a usted. Guárdelos en lugar seguro.

-- Comprendo.

Esa fué la última vez que ví a la señora Harding; a los pocos días dejó la Casa Blanca y fué a la finca "Glen Haven" de la señora Boyd. Después de visitarlos, regresó a Marion.

El Presidente Harding había muerto el 3 de agosto.

Yo fuí procesado el siguiente octubre.

"La compañía" había arreglado que al iniciarse el periodo de otoño en las Cortes Federales, para calmar el clamor público, me sacrificaría yo... se me llevaría a juicio.

Yo aceptaría toda la responsabilidad de actos que se habían cometido. Yo haría esto... aparentemente... en absoluta independencia, de mi propia iniciativa y sin el conocimiento de ningún "funcionario".

A fin de conducir el asunto precisamente en la forma adecuada, tenía que hacerse una minuciosa investigación... no con el fin de acumular ante el Gran Jurado los datos necesarios... sino para impedir que los testimonios más importantes llegaran a poder del mismo; ese era el problema fundamental.

De esta manera estaba yo perfectamente enterado de que se estaba llevando a efecto una investigación, y, de hecho, estaba ayudando a terminarla. El plan era sencillo y satisfactorio para mí, si ellos cumplían su palabra.

Este convenio era: que yo sería procesado y daría a los periódicos la oportunidad de comentar el caso dándole toda la publicidad. Después, ante el Juez aceptaría mi culpabilidad y consentiría en una "revisión" de todos mis actos, para el conocimiento del público. Una condena severa me esperaba y se me notificaría que en una o dos semanas se pronunciaría la sentencia, dando así más tiempo a la Prensa para agotar el tópico.

El día de la sentencia, el Juez declararía que sus intenciones habían sido fijarme el máximo de condena de reclusión; pero tomando en cuenta el hecho de que yo estaba familiarizado con algunas intrigas oficiales, mejor que cualquiera otra persona y que en realidad se necesitaría mi ayuda ulterior en la Corte... se decidía a aplazar la sentencia, poniéndome a prueba.

Esta suspensión de la sentencia se decidía, no con la menor intención de suavizar mi merecido, sino por consideración al público y al Gobierno. Sin embargo, se me multaría con el mayor rigor.

Los señores Daugherty y Coronel Felder me mandaron llamar al Hotel Waldorf, de Nueva York, donde se estaban estudiando los detalles de todos estos planes; encontré todo satisfactorio. ¿Qué me importaban las palabras?

Al mismo tiempo seguía trabajando con el señor Daugherty, llevando a cabo investigaciones sobre los Senadores Wheeler y Walsh, a fin de aclarar algo que interesaba al señor Daugherty: saber si ellos tenían algún documento probatorio en contra de él, que pudiera ser utilizado en alguna investigación Senatorial. (35).

Para mi completa satisfacción supe que ellos no tenían ninguna prueba escrita... pero el señor Daugherty insistió en

que la tenían y debería obtenerla.

El senador Wheeler y su Comité principiaron a reunir pruebas y a examinar testigos. Por lo que a mí respecta fracasaron, pues como estaba siendo procesado, no podía hacérseme comparecer por la fuerza. De hecho no podrían obligarme a declarar.

Un día vino el Coronel Miller a mi oficina de la calle 16 y comentó:

-- El Abogado General dice... ¡que se vaya usted al diablo! Que ha perdido su habilidad; que ya no es el investigador que era antes... que ya no sirve como investigador; que queda usted despedido.

-- ¿Qué? ¿Le dijo eso Harry Daugherty... para que me lo dijera?

-- Sí.

El mayor insulto que se me puede hacer es contra mi único punto vulnerable: el de ser un cuidadoso y hábil investigador; ¡es mi único orgullo!

Se obscureció la estancia, y salté al teléfono. Llamé al Senador Wheeler diciéndole:

-- Expidas su citatorio y mándemelo aquí; estoy listo para declarar.

Colgué el audífono sin esperar a oír sus expresiones de agrado y satisfacción, y regresé a mi despacho, donde me encaré con el Coronel Miller:

-- Ahora, ¡puede usted informar al señor Daugherty, para su conocimiento, que yo digo que... no soy un Jess Smith!

Cuando yo colgaba el audífono en su gancho, después de llamar al Senador Wheeler, si mis dotes de clarividencia hubieran funcionado con claridad... habría oído, en aquel preciso instante, el cierre de la chapa de la puerta de la prisión de Atlanta al cerrarse tras de mí.

¡Había cruzado aceros con Harry M. Daugherty (37), Abogado General de los Estados Unidos, y mi destino estaba fijado!

Daugherty sabía bien que, a pesar de todos los millones de dólares que habían pasado por mis manos, yo no tenía suficiente dinero para pagar una defensa adecuada; y fui a dar a la prisión, en la pobreza.

Se me internó en la Penitenciaría de Atlanta el 10 de mayo de 1925.

Posteriormente, el Coronel Miller fué acusado, procesado

y convicto por un jurado, en relación con ciertas transacciones en las cuales había intervenido como Encargado de las Propiedades Aliadas durante la administración Harding.

El Abogado General Daugherty fué acusado y procesado dos veces por un jurado, con relación a denuncias de actos que se le imputaban, de malos manejos en la oficina. Los jueces no llegaron a un acuerdo al tratarse de sentenciarlo.

El Senador Fall, otro miembro del Gabinete del Presidente Harding, fué también encausado y procesado por aceptar dádivas en relación con el traspaso de arrendamientos petrolíferos durante el tiempo que la oficina respectiva estuvo a su cargo. La Suprema Corte de los Estados Unidos había ya declarado aquellos traspasos, ilegales y fraudulentos; y el jurado completó el trabajo descubriendo culpabilidad en Fall, por haber aceptado dádivas en su despacho.

Yo salí de la prisión el 19 de julio de 1928; pero... ¡si- quiera salí! ¡Ha habido tantos otros que fueron amordazados para siempre!... Por ejemplo:

C. F. Cramer, Abogado del Despacho de los Veteranos, se suicidó.

El Abogado Thurston, el "abogado independiente" de Boston que expeditaba todos los asuntos del Encargado de las Propiedades Aliadas y percibió enormes dádivas... murió "repentinamente" en Boston.

Jess Smith murió "repentinamente" en el Hotel Wardman Park, Washington.

John T. King, Político e Intermediario, denunciado juntamente con el Coronel Miller y con H. M. Daugherty en relación con transacciones ligadas con el Encargado de las Propiedades Aliadas, y en cuya caja de caudales guardaba yo las "sangrías" del estado seco, o sea el dinero de los contrabandistas... murió "repentinamente" en Nueva York.

C. F. Hateley, experto agente secreto del Departamento de Justicia en Washington, ligado especialmente a Harry M. Daugherty, murió "repentinamente" en el Hotel Burlington en Washington.

Warren G. Harding, Presidente de los Estados Unidos, murió "repentinamente" en San Francisco.

El General Sawyer murió "repentinamente" en su casa de Ohio, como un año después del señor Harding. La señora Harding estaba de visita con él. La forma de su muerte fué notablemente parecida a la del Presidente Harding.

La señora Harding murió... algunos meses después que el General Sawyer.

(Fotografías en la página 277 del libro).

Jess Smith
"El Hombre Viernes" de
Harry Daugherty.

C. F. Cramer,
Abogado de la Oficina
de los Veteranos.

John T. King,
"Político e Intermediario"

Cor. T. B. Felder,
Consejero de la "camarilla"

"Jess Smith se suicidó en el Hotel Wardman Park".
"C. F. Cramer se suicidó en su casa de Washington".
"John T. King murió repentinamente en Nueva York".
"El Coronel T. B. Felder murió repentinamente en Savannah, Ga."

.....
: APENDICE "A". :
: :
.....

APENDICE "A".

NOTAS DEL EDITOR.

ATENCION. Las siguientes notas fueron coordinadas por los editores, a fin de ayudar al lector a comprender más ampliamente muchos de los puntos, que de otra manera podrían parecer vagos.

NOTA I (a)

Senado de los Estados Unidos,
enero 21 de 1921

Estimado señor Burns:

Tengo en mi poder informes que considero de la mayor importancia para el Gobierno y especialmente para el Departamento de Justicia, y con objeto de poder hacer el mejor uso de ellos, me agradaría comunicarme con el más hábil investigador de su departamento.

Preferiría desde luego al señor Gaston B. Means, a quien considero, por lo poco que he podido apreciar de él, tan sincero como enérgico.

(Firmado): George H. Moses, Senador.

NOTA I (b)

Departamento de Justicia,
Oficina de Investigaciones,
Washington, marzo 10, 1922.

Hon. Roy A. Haynes,
Comisionado del Estado Seco, Depto. del Tesoro,
Washington, D. C.

Muy estimado señor Haynes:

Recibí de la oficina de usted hace pocos días una solicitud de informes relacionados con el señor Gaston B. Means. Tan pronto como regresé a Washington fui a la oficina de usted, pero se me informó que estaba en una junta. Luego indiqué a su Secretario, que Gaston B. Means es un elemento de toda confianza: honrado, inteligente, decente, y sería un valioso auxiliar para usted.

Naturalmente, no deseo privarme de los servicios del señor Means, pero si hay algún asunto determinado que usted esté tramitando y que requiera la ayuda de un hombre inteli-

gente, valiente y de iniciativa, el señor Means es el indicado.

El señor Means fué suspendido de nuestro servicio por el Abogado General con motivo de una queja sobre la cual dicho funcionario no me ha dado explicaciones; pero estoy seguro que no puede ser algo grave, sino solamente es cuestión de dar al señor Means la oportunidad de defenderse.

Como usted sabe, ningún hombre puede cumplir su deber sin despertar enemistades, y al señor Means le han resultado enemigos muy poderosos por la forma enérgica como ha perseguido a ladrones que han robado al Gobierno; por lo tanto, espero que lograré su reinstalación. Mientras tanto, veré con gusto que continúe en la organización de usted.

Muy atentamente,
WILLIAM J. BURNS,
D i r e c t o r .

NOTA I (c).

Marzo 10 de 1922

Mayor R. A. Haynes,
Comité del Estado Seco Federal, Depto. del Tesoro,
Washington, D. C.

Muy querido Mayor Haynes:

Tengo positivo gusto en garantizar y recomendar a sus finas atenciones al señor Gaston B. Means, quien ha estado relacionado con la Oficina de Investigaciones en ésta bajo las órdenes del señor William J. Burns. El señor Means será de valiosa ayuda para usted en el trabajo a que está dedicado, si le asigna usted un puesto. Mi consejo es encontrar ese puesto, ya que se puede confiar en lo que él hace. Es capaz, experimentado, industrioso y valiente. Hará cuanto se le ordene y lo que es mejor todavía, volverá con la respuesta.

Muy cordialmente,
GUY D. GOFF,
El Ayudante del Abogado General,
Abogado General Interino, en ausencia del señor H. M. Daugherty.

NOTA I (d).

Departamento de Justicia,
Washington, Junio 28-1922

Sr. Ralph A. Day,
Director de la Prohibición Federal,
New York.

Estimado señor Day:

La presente será entregada a usted por el señor Gaston B. Means, Investigador Especial del Departamento de Justicia, quien está llevando a cabo una investigación especial y confidencial de gran importancia para la efectividad del estado seco y para mi departamento también.

Ruego a usted encarecidamente, se sirva impartirle toda la cooperación y ayuda que le sean posibles, por lo que este Departamento le quedará profundamente obligado.

El señor Means lleva a su servicio al señor James E. Watson, Jr., hijo del Senador Watson, de Indiana y también Agente Especial del Departamento de Justicia. Confío en que también cooperará usted con él.

Muy atentamente,
MABEL W. WILLEBRANDT,
Ayudante del Abogado General.

NOTA I (e).

Departamento del Tesoro,
Washington, Junio 22-1922

Sr. Gaston B. Means,
A/c Director del Servicio de
Agencias Especiales.

Señor:

Queda usted nombrado agente aduanal de este Departamento, sin sueldo ni viáticos, efectivo el 22 de junio de 1922, bajo el requisito de protesta, que rendirá.

Por orden del Secretario,
Atentamente,
ELMER DOVER,
Srio. Ayudte. del Tesoro.

NOTA I (f).

Departamento de Justicia,
5 de julio de 1922

Sr. William C. Hecht,
Mariscal de los Estados Unidos,
Nueva York.

Muy estimado señor Hecht:

Me permito presentarle al señor Gaston B. Means, quien se encuentra en Nueva York con objeto de efectuar una investigación de importancia para el Departamento de Justicia.

Agradeceré a usted se sirva impartir al señor Means toda la cooperación que a esa oficina sea posible.

Si él lo solicita, sugiero a usted que se sirva otorgarle las facultades de Mariscal Comisionado.

Muy atentamente,
MABEL WALKER WILLEBRANDT,
Ayudante del Abogado General.

NOTA 2.

(Del Discurso de Aceptación de John W. Davis. Publicado en el "New York Times" del 12 de agosto de 1924.

DAVIS DECLARA QUE LA HONRADEZ SERA SU LEMA, Y ACUSA A LOS REPUBLICANOS Y AL EJECUTIVO.

"Hablo parcamente al decir que ha originado la corrupción en los altos puestos y el favoritismo en la legislación... la impotencia para gobernar y un desmedido afán de lucro que nos ha asombrado interiormente y humillado en el exterior... el tiempo exige que hablemos claro. No es una tarea agradable repetir los frecuentes escándalos de aquellos años de triste memoria; un Senador de los Estados Unidos, convicto de malos manejos para comprar una curul en el Senado; un Secretario del Interior entregando a cambio de dádivas, las reservas navales tan necesarias para la seguridad del país; un Secretario de la Marina que ignora la creciente corrupción, si es que no la apoya; un Abogado General aceptando elementos corruptibles que reciben dádivas y que los convierte en compañeros de especulación, y que utiliza las agencias de la ley para fines particulares y venganzas políticas; un jefe del Despacho de los Veteranos que roba y ayuda a otros a robar millones en dinero y provisiones destinados a los defensores de la nación que mejor merecen la gratitud y los cuidados del país. Tales crímenes son demasiado graves para poderse olvidar o perdonar."

(sigue)

NOTA 3.

"New York Times"

Marzo 13 de 1926.

"Thomas B. Felder, Abogado, convicto el año pasado con Gaston B. Means, sufre un ataque cardíaco. Estaba intentando su rehabilitación. Tenía proyectado reanudar su pleito en la Suprema Corte para lograr rehabilitarse de un caso criminal... Manifestó en Jacksonville el miércoles, que pediría a la Suprema Corte la reconsideración de su negativa para concederle un Mandamiento de Inculpabilidad en el asunto de la conspiración, y que publicaría completos los anales de aquel caso, en un periódico de Georgia que tenía intención de comprar, para poder rehabilitarse ante sus conterráneos..."

NOTA 4.

Investigación de H. M. Daugherty (##)

(##) Esta nota y las demás que siguen bajo el título de "Investigación del Hon. Harry M. Daugherty", fueron tomadas de las "Audiencias ante el Comité Nombrado para la Investigación del Abogado General, Senado de los Estados Unidos, 68o. Congreso, de conformidad con el Art. 157, que ordena la formación de un Comité que investigue las omisiones del Abogado General al no perseguir o defender ciertas acciones criminales y civiles en las cuales el Gobierno está interesado". -- Oficina Impresora del Gobierno, Washington, D. C.

SENADOR WHEELER. ¡Ah, ya veo! Eso es lo que yo entendía; eso es lo que entiendo, señor Burns. Él mantuvo a usted informado de sus actividades durante todo el tiempo que trabajó con el... no sé si fué con el Gobierno Alemán o con el.....

SEÑOR BURNS. Bueno, ahora si usted me lo permite le contaré la historia, y usted comprenderá y aclarará el asunto perfectamente. El señor Means vino un día y me indicó que tenía autorización para pagarme un bono de adhesión por cien mil dólares para ayudar al Gobierno Alemán, y yo le contesté que no lo haría; que mi simpatía era para los Aliados.

Él me respondió que si no quería hacerlo no lo hiciera; que sus simpatías estaban con los Aliados pero contra Inglaterra, y si yo no aceptaba la proposición, él se inclinaba a hacerlo, renunciando su puesto con nosotros y yendo a trabajar con ellos.

Dije entonces al señor Means que la única ayuda que estábamos dando a los intereses relacionados con la guerra era la protección de las fábricas de municiones. Recomendé al señor Means que no fuera a trabajar con ellos, e hice constar que

si lo hacía, les explicara claramente que si alguna de las fábricas de municiones que custodiábamos era volada, o trataban de hacerlo, yo iría a Washington y aprehendería a los responsables. Le dije que quería que él les llevara aquel aviso, lo que me ofreció hacer.

El señor Means también me manifestó: "Quiero que usted entienda claramente que soy un Americano tan patriota como usted, y que aun cuando pudiera decidirme a trabajar con ellos, eso nada tendrá que ver con mi lealtad a mi país, ni nada podrá disminuir ésta.

SENADOR WHEELER. ¿Cuándo fué eso, antes o después de que entramos a la guerra?

SEÑOR BURNS. ¡Ah! fué mucho antes de que entráramos a la guerra.

NOTA 5.

Investigación de Harry M. Daugherty. Pág. 1024.

Senador Wheeler. ¿Cuánto tiempo trabajó con usted Gaston B. Means en su departamento?

Señor Burns. Creo que comenzó a fines del año de 1921; pero para estar seguro necesitaría verlo en mis registros.

Senador Wheeler. Usted se dedicó algo al asunto del estado seco, ¿o lo hizo él en su lugar? Es decir, investigar la cuestión de los licores.

Señor Burns. Varios agentes, de tiempo en tiempo, han sido dedicados a eso por la señora Willebrandt, a cuyo cargo están los asuntos de licores del Departamento de Justicia.

Senador Wheeler. ¿Y ella solicitó que el señor Means fuera asignado a las investigaciones del estado seco; es cierto?

Señor Burns. Sí, creo que es cierto.

Senador Wheeler. Y el señor Means fué asignado a ellas, y usted lo recomendó; ¿o no?

Señor Burns. Sí.

NOTA 6.

Investigación de Harry M. Daugherty. Pág. 2543.

Senador Wheeler. ¿Qué relación tenían aquéllas, si acaso la tenían? ¿Qué le dijo él que quería que hiciera el señor Means, si algo le dijo? ¿Era respecto de investigaciones?

Señora Duckstein. Se relacionaban con varias investigaciones con el señor Means. Una vez, creo que anduvo investigando lo relativo al General Sawyer.

Senador Wheeler. ¿Estaba investigándolo a él?

Señora Duckstein. Sí, estaba investigando al General Sawyer, por encargo del señor Smith, en una ocasión. Creo que el señor Smith enviaba aquellos informes al Presidente, a juzgar por el tenor de los mismos.

Senador Wheeler. ¿Cree usted que Smith los enviaba al Presidente?

Señora Duckstein. Sí, creo que sí.

Senador Wheeler. ¿Dice usted que era el General Sawyer?

Señora Duckstein. Sí, y además, había muchos otros.

Senador Wheeler. ¿Quién era el General Sawyer?

Sra. Duckstein. Creo que era el doctor y general Sawyer.

Senador Wheeler. No sé lo que usted quiera decir por el doctor y general Sawyer.

Señor Chamberlain. Era el Médico de la Casa Blanca; ¿no lo sabía usted?

Senador Wheeler. ¡Ah! Yo creía que era algún funcionario del ejército. Todavía no conozco a toda esta gente. Señora Duckstein, permítame preguntarle: ¿Quién más hizo Jess Smith que investigara el señor Means, lo sabe usted?

Señora Duckstein. Sí, me acuerdo de una señora Cross.

Sen. Wheeler. ¿Una señora qué?

Sra. Duckstein. Una señora Cross, y E. H. Mortimer, y el Coronel Darden. Creo que esto es todo lo que me acuerdo: es difícil acordarse de más, hace tanto tiempo...

Sen. Wheeler. ¿Hizo él que fuera investigado alguna vez el Senador Caraway?

Sra. Duckstein. Ah, sí, sí, se me había olvidado; y también el Diputado Woodruff, creo que hizo que fuera investigado.

Senador Wheeler. ¿Sabe usted si él hizo que se investigara al Diputado Keller?

Sra. Duckstein. Sí, porque eso acaeció por el tiempo en que la agitación iba llegando a la Casa.

Sen. Wheeler. ¿Fué ese el procedimiento de las imputaciones al Abogado General?

Sra. Duckstein. Sí señor.

Sen. Wheeler. ¿Sabe usted si él investigó al Senador La Follette?

Sra. Duckstein. No; no sé nada acerca de él. Usted comprende, Senador, que eran notas que el señor Smith me daba incidentalmente, quizá de dos a tres veces por semana. Debe haber tenido él a otras personas que recibían otras a veces.

Senador Wheeler. ¿Eran notas que él daba a usted incidentalmente?

Señora Duckstein. Sí señor.

NOTA 7.

Del libro "He conocido Presidentes..." por C. W. Thompson.

"Quisieron controlar la Presidencia y con ese fin no pudieron escoger mejor instrumento que Harding. Podían barajarlo y manejarlo como un juego de cartas.

"Harding no se consideraba un gran valor y se sorprendió al encontrarse candidato a la Presidencia; se conocía a sí mismo bastante bien y nunca aspiró a ser Presidente, ni siquiera lo deseó mucho. Abandonado a sí mismo no lo habría intentado; y si no hubiera sido por la constante insistencia de Harry Daugherty no se habría sostenido en la campaña. Con frecuencia decía a Daugherty que él no era un estadista y era ya tiempo de parar aquella locura y bajar el telón. Daugherty siempre le dijo que no se conocía bien a sí mismo, y después, los acontecimientos parecieron confirmar todo lo que Daugherty dijo que comenzaba realmente a creer".

NOTA 8.

Del "New York Times", noviembre 22 de 1924.

Charles E. Hughes dijo al saber de la muerte de la señora Harding:

"Me siento infinitamente apesadumbrado por la muerte de la señora Harding. Nunca olvidaremos la dignidad y el atractivo con que se condujo como la Dama de la Casa Blanca, ni su entereza cuando se vió repentinamente privada de todo aquello que le era querido en la vida. Fué una mujer de carácter extraordinariamente enérgico y fué la más fiel consejera de su esposo. Cuando él murió, ella consideró cumplida su misión. Desempeñó su parte de la manera más noble".

NOTA 9.

En el libro "Los Secretos de la Casa Blanca", por la señora Jeffray, publicado por la "Cosmopolitan Book Corporation", se arroja mucha luz sobre la idiosincracia de la señora Harding. La señora Jeffray, autora del libro, fué ama de llaves de la Casa Blanca durante seis administraciones y tuvo oportunidad de estudiar a la señora Harding muy de cerca.

NOTA 10.

Investigación de Harry M. Daugherty. Pág. 2541.

Senador Wheeler. Después de que usted fué nombrada su Secretaria Confidencial, ¿vió usted al señor Jess Smith en la oficina del señor Burns con frecuencia?

Señora Duckstein. Sí, en diversas ocasiones.

Sen. Wheeler. ¿Eran él y el señor Burns muy íntimos amigos?

Sra. Duckstein. No parecían muy amigos. Más bien parecían asuntos de negocios. El señor Smith venía, arreglaba su asunto, decía lo que tenía que decir, y salía.

El Presidente. ¿Obedecía el señor Burns las indicaciones del señor Smith, como los demás?

Sra. Duckstein. Creo que sí.

Sen. Wheeler. ¿Recibía Burns órdenes de Smith?

Sra. Duckstein. No diría yo que recibía órdenes; creo que si él sugería algo, el señor Burns atendía sus sugerencias.

Sen. Wheeler. De hecho, todos en el departamento daban por hecho que cuando Jess Smith hablaba, equivalía a que hablase el Abogado General, ¿o no?

Sra. Duckstein. Creo que así lo hacían.

Sen. Wheeler. ¿Y se hacía todo lo que él decía en el departamento?

Sra. Duckstein. Pues, como ellos suponían que era en beneficio del Abogado General, seguían sus instrucciones.

Sen. Wheeler. Daban por hecho, cuando Jess Smith decía algo, que hablaba a nombre del Abogado General y que aquello era algo que quería el Abogado General, ¿o no?

Sra. Duckstein. O en beneficio del Abogado General.

Sen. Wheeler. ¿Dijo usted que "o en beneficio del Abogado General?

Sra. Duckstein. Sí.

Sen. Wheeler. Cuando estuvo usted en la oficina del señor Burns, ¿qué tiene usted que decir sobre si el señor Means entraba ahí con frecuencia?

Sra. Duckstein. Iba varias veces diariamente.

Sen. Wheeler. Estaba ahí casi siempre, ¿o no?

Sra. Duckstein. Buena parte del día.

Sen. Wheeler. Él y el señor Burns eran muy íntimos amigos ¿o no?

Sra. Duckstein. Parecían ser muy íntimos amigos.

Sen. Wheeler. ¿Y tenía acceso el señor Means a los archivos que existían ahí en el Departamento, o no?

Sra. Duckstein. Sí, sí lo tenía.

Sen. Wheeler. ¿Y el señor Smith tenía acceso a los archivos, los confidenciales y los demás?

Sra. Duckstein. No sé por lo que se refiere a los archivos de la caja de seguridad del señor Burns. No sé si tenía acceso a ellos el señor Smith; no sé si él siquiera llegaría a saber que estaban ahí o no.

Sen. Wheeler. No tenía la combinación de la caja de seguridad, pero ¿tenía acceso a todos los demás archiveros del departamento, exceptuando los que se encontraban en la caja?

Sra. Duckstein. Creo que sí.

Sen. Wheeler. ¿No venía a veces y tomaba legajos del departamento de investigaciones?

Sra. Duckstein. Creo que sí; pero no me acuerdo de un caso concreto.

NOTA 11 (a).

"New York Times", enero 23-1926.

"Ayer se supo que Mal Daugherty declaró ante el Gran Jurado el lunes pasado, pero el motivo de su declaración no se hizo público en aquella ocasión. Dijo que había entregado a Harry M. Daugherty algunas hojas de su libro Mayor, cubriendo el período del primero de enero de 1921 al 31 de diciembre de 1924, y que suponía que su hermano las había incinerado.

Algunas de las hojas del Mayor en cuestión contenían las cuentas del finado Jesse W. Smith, quien ocupaba un puesto en la oficina del Abogado General en Washington y se suicidó. Se buscaban los registros de Harry M. Daugherty, Mal S. Daugherty y otros, y cualquiera cuenta a nombre de "Brady" y cualquiera cuenta con el Encargado de las Propiedades Aliadas...

NOTA 11 (b).

"New York Times" febrero 9, 1927.
(Referencia: Caso de la "American Metals".)

".....Buchner (Abogado Federal de Nueva York) prueba que, por sus números y letras de serie, ciertos Bonos de la Libertad vendidos por conducto de Otis & Co., banqueros de Cleveland, Ohio, han sido descubiertos en el Midland National Bank, que había ordenado su venta, y su producto se encuentra ahora en forma de certificados de depósito al crédito del señor Daugherty. El señor Buckner dijo que eran cinco certificados de \$10,000 dólares cada uno. Como prueba mostró cuatro de ellos, en que aparecía el nombre del señor Daugherty".

NOTA 12.

Investigación de Harry M. Daugherty, Pág. 2545.

Senador Wheeler. ¿Se acuerda usted en qué fecha fué Jess Smith a Florida en 1922, y en qué fecha regresó?

Señora Duckstein. Creo que fué en febrero o marzo... parte de febrero y de marzo. No sé exactamente cuándo regresó, pero debe haber sido en marzo o abril.

Sr. Chamberlain. ¿Fué en el año de 1922?

Sra. Duckstein. Sí, fué con el Presidente y con la señora Harding.

Sen. Wheeler. Cuando él regresó aquí, o cuando estuvo en Florida, ¿se acuerda usted de algo que el señor Means estuviera investigando para el señor Harding (el Presidente)?

Sra. Duckstein. Sí; había asuntos sobre los cuales yo había enviado una nota al señor Means. El señor Means me pidió dos o tres veces que le escribiera sus informes, para ser mandados directamente por correo al señor Smith.

Sen. Wheeler. El señor Means ¿hizo que usted escribiera informes que él mandaba directamente por correo a Jess Smith?

Sra. Duckstein. Yo los llevaba al buzón, y a veces creo que él los llevaba; yo se los entregaba a él listos para mandarse.

Sen. Wheeler. ¿Sobre qué trataban?

Sra. Duckstein. Sobre diversos asuntos; algunos de ellos eran sobre los que ya he declarado.

Sen. Wheeler. ¿Eran sobre la señora Cross, o sobre el libro de este profesor?

Sra. Duckstein. Sobre todos esos asuntos. Yo sé que todos estos asuntos estaban pendientes, pero no me acuerdo sobre cuáles mandé los informes.

NOTA 13.

Investigación de Harry M. Daugherty, Pág. 2533.

Senador Wheeler. ¿Un libro injurioso contra el Presidente?

Señora Duckstein. Sí señor.

Sen. Wheeler. ¿Sabe usted quién trabajó en ese asunto, si alguien lo hizo?

Sra. Duckstein. Gaston Means trabajó en él.

Sen. Wheeler. Gaston Means... ¿por cuenta de quién?

Sra. Duckstein. Trabajó para el señor Smith.

Sen. Wheeler. ¿Quiere usted decir que hizo ese trabajo para el señor Jess Smith?

-Sra. Duckstein. Sí señor.

Sen. Wheeler. ¿Para el Presidente Harding?

Sra. Duckstein. Sí.

Senador Wheeler. ¿Sabe usted lo que el señor Means hizo a este respecto?

Sra. Duckstein. No tengo la menor idea; sé que el señor Smith lo mandó llamar y le dió algunas instrucciones, pero no sé cuáles fueron ellas, ni nada sobre el asunto.

NOTA 14.

Esta fase de la vida del Presidente Harding está ampliamente tratada en "La Respuesta", por Joseph de Barthe, libro que está archivado en la Biblioteca del Congreso de Washington, en el cual el autor intentó demostrar que el Presidente Harding estaba imposibilitado para procrear, y por lo mismo, de ser el padre de la niña de Nan Britton.

NOTA 15.

De "La Hija del Presidente".
(Por Nan Britton).

"Mi criterio independiente estuvo inspirado, naturalmente, en mi conocimiento íntimo de la aparente infelicidad del señor Harding con su esposa legal y su preferencia marcada por el subterfugio en sus relaciones conmigo, lo cual parecía tender a la paz de ambos, en vez de rebelarse abiertamente y provocar un escándalo. "¡Ella sería capaz de voltear el mundo!" me decía con frecuencia el señor Harding; y aun cuando ella parecía no quererlo en la forma que un hombre tiene derecho a esperar ser amado por su esposa, yo bien sabía, sin que el señor Harding me lo dijera, que ella no se resignaría a permitir que él amara a otra".

NOTA 16.

Departamento de Justicia,
Washington, febrero 9 de 1922

Señor Gaston B. Means,
Departamento de Justicia.

Señor:

Hasta nuevo aviso, queda usted suspendido, sin goce de sueldo, en su puesto y trabajo como Agente Especial.

Muy atentamente,
HARRY M. DAUGHERTY,
Abogado General.

NOTA 17.

Del "New York Times", marzo 14 de 1923.

Charles F. Cramer, Consejero General del Despacho de los Veteranos, se suicidó. Apesadumbrado por la crítica, Cramer se privó de la vida. Se le encontró muerto en su casa, en Washington...

NOTA 18.

New York, Hotel Pennsylvania,
Cuarto No. 968, diciembre 2
de 1921.

Sr. W. J. Burns,
Departamento de Justicia,
Washington, D. C.

Muy señor mío:

Adjunto envío a usted un informe detallado, cubriendo el trabajo de hoy en el Caso de la "Standard Aircraft", incluyendo la conferencia con el Abogado Lane y con el Auditor A. J. Pickering, en Park Row, Federal Building, y con el señor Meenan a este respecto.

Respetuosamente,

G. B. MEANS.

NOTA 19.

Investigación del Abogado General. Pág. 100.

Senador Moses.

El Senador Ashurst quiere saber la distribución de este dinero. ¿Recibió usted de un japonés cien billetes de mil dólares en un cuarto del Bellevue Hotel?

Señor Means.

Sí señor.

Senador Moses.

¿Eso fué en febrero de 1922?

Señor Means.

Sí señor.

Senador Moses.

¿A qué hora del día fué?

Señor Means.

En la noche.

Senador Moses.

¿Y a dónde fué usted, de aquel cuarto del Hotel Bellevue?

Señor Means.

Aquí me quedé.

Senador Moses.

¿Toda la noche en aquel cuarto?

Señor Means.

Sí señor; el señor Jess Smith vino y lo recogió.

Senador Moses.

¿Estaba usted inscrito en su propio nombre?

Señor Means. Sí señor; creo que estaba registrado ahí entonces.

Senador Wheeler. ¿Bajo su propio nombre?

Señor Means. Sí; estaba inscrito ahí con mi propio nombre; mi familia estaba también ahí, pues vivían ahí mi esposa y mi hijo.

Senador Moses. ¿Y usted conservó aquellos billetes en su poder en el hotel, en su cuarto?

Señor Means. Sí señor.

Senador Moses. ¿Cuándo dejaron de estar en su poder?

Señor Means. Esa misma noche.

Senador Moses. ¿En el hotel?

Señor Means. Sí señor.

Senador Moses. ¿A quién fueron entregados?

Señor Means. Los entregué al señor Jess Smith.

Senador Moses. ¿El cual vino a su cuarto?

Señor Means. Sí señor.

Senador Moses. ¿Fue ahí con el objeto de recogerlos?

Señor Means. Sí señor.

Senador Moses. ¿Le dijo a usted cuando llegó: Vengo a recoger los cien mil dólares?

Señor Means. Sí señor. Yo no supe para qué me fueron entregados esa vez, pues se me suplicó que los recibiera... y se me dijo que esta persona vendría.

Senador Wheeler. ¿Quién se lo dijo?

Señor Means. El señor Jess Smith.

Senador Wheeler. ¿Le dijo que un japonés vendría a su cuarto y le entregaría cien billetes de mil dólares?

Señor Means. No, no dijo eso.

Senador Wheeler. ¿Qué le dijo él?

Señor Means. Me dijo que me traería cien mil dólares para que se los contara; y yo los conté; eso fué todo.

Senador Wheeler. ¿Está usted viendo algunos apuntes ahí?

Señor Means. Sí señor; pues usted me preguntó sobre el caso de la Standard Aircraft y cuándo lo había investigado.

Senador Wheeler. Uno de los motivos por los cuales el Abogado General fué acusado en el procedimiento que se sigue en su contra, fué por no haber impulsado el caso de la Standard Aircraft, ¿o no fué así?

Señor Means. Sí, se le acusó de eso.

NOTA 20 (a).

Investigación de Harry M. Daugherty, Pág. 1026.

Senador Wheeler. ¿Trabajó muy activamente el señor Means en la investigación de la señora Willebrandt sobre el cumplimiento de la prohibición?

Señor Burns. Sí, y a solicitud del Abogado de Distrito de los Estados Unidos y de su Ayudante en Nueva York.

Senador Wheeler. ¿Trabajó muy activamente en castigar contrabandistas en la ciudad de Nueva York?

Señor Burns. Sí.

Senador Wheeler. ¿Y desenmascaró toda la combinación del whiskey?

Señor Burns. Ciertamente lo hizo.

Senador Wheeler. ¡Ah, eso es lo que él hizo!

Señor Burns. No, no todo, naturalmente, usted lo comprende.

Senador Wheeler. Lo comprendo; pero ¿descubrió una buena parte del negocio de whiskey en Nueva York?

Señor Burns. Sí lo hizo.

NOTA 21.

Investigación de Harry M. Daugherty, Pág. 2377.

Señor Miller.

No; vino a nombre del señor Crim con relación a algunos papeles que el Departamento quería ver en el caso de los magnetos Bosch. Yo sólo tenía vagas noticias del señor Means entonces, y le dije: "Tendrá usted que traerme alguna autorización para sacar papeles de mi oficina". En esa ocasión fué cuando lo conocí. Había una controversia entre el personal del Departamento de Justicia y yo con respecto a que ellos, sin fijarse, mandaban cualquiera persona a sacar mis archivos, por ser yo el responsable de ellos y querer saber a dónde iban a parar. Yo tenía noticias de que el señor Means pertenecía al personal del Departamento de Justicia, y cambié la opinión que de él tenía por lo que había oído, pues él me demostró ser un investigador muy hábil; me lo probó después en uno o dos asuntos que le rogué investigara.

Senador Wheeler.

¿Hizo usted que investigara él algunos asuntos para usted?

Señor Miller.

Sí.

Senador Wheeler.

¿Para su departamento?

Señor Miller.

Sí; como él era Agente del Departamento de Justicia, agente especial, y en vista de que ellos se tomaban la libertad de enviármelo, no vacilé en aprovechar el descubrimiento de su habilidad en beneficio de nuestra oficina. No le pagué nada, ni oficial ni personalmente, porque él estaba en la nómina de Justicia. Pero en el curso de algunas de sus entrevistas conmigo, él me dio a conocer que había algunos asuntos de interés en el Departamento del Tesoro y que dicho Departamento debería saber. No entraré en detalles de lo que eran, porque posiblemente usted llegará a ellos a su tiempo.

NOTA 22.

"New York Times", febrero 20 de 1924.

"El Abogado General, Daugherty, fué denunciado por el Senador Wheeler, en el Senado hoy en la tarde, como un protector de criminales y como funcionario cuyos amigos han utilizado su amistad para exigir dinero por inmunidad en procesos. "El Demócrata" de Montana denunció también que las entrevistas en la oficina se estaban concediendo bajo pago, por elementos muy cercanos al señor Daugherty y que había pruebas de que el Abogado General no ignoraba del todo algunas fases de las transacciones de arrendamientos petroleros navales. "Si el Abogado General", dijo Wheeler, "no ha recibido personalmente el dinero que se ha cobrado en diversas ocasiones de un extremo al otro de la nación, es un tonto más grande que lo que los ciudadanos de los Estados Unidos lo han considerado".

NOTA 23.

Registros del Congreso, marzo 18 de 1924. Pág. 4422.

SENADOR CARAWAY. La acusación consiste en que se había conspirado entre los productores de estas películas y el señor Muma (quien, como todos los demás funcionarios importantes de esta administración vino de Washington Court House, Ohio), y también entre el Abogado General y sus agentes, por medio de la cual éstos permitirían la exhibición de la película en varios de los estados a base de una participación a medias (50-50). Esto es, el productor de la película recibiría la mitad de las utilidades y el que infringía la ley, incluyendo al Abogado General, recibiría la otra mitad.

NOTA 24.

Investigación del Abogado General. Pág. 545.

- Senador Wheeler. ¿Había hecho uso Jess Smith, alguna vez, de una pistola, o poseyó alguna en toda su vida?
- Señorita Stinson. No se atrevía ni a mirarlas, mucho menos a tocar una.
- Senador Wheeler. En realidad tenía miedo a las pistolas, ¿o no?
- Señorita Stinson. Tenía un terror instintivo a las pistolas. Yo me acuerdo que el último otoño pasába-

mos por un aparador donde había pistolas en exhibición y me detuve un momento, pero él me dijo: "¡Venga, siga, yo no me detendría a ver ese aparador!" Pudo haber querido ir a alguna otra parte en ese momento, pero conozco su natural aborrecimiento a las pistolas. Después de la guerra había muchos atracos en mi vecindario y yo quería comprar una, pero no me dejó adquirirla.

Senador Wheeler. ¿Qué le contó el señor Mal Daugherty, si algo le dijo, sobre las heridas que tenía en el cuerpo?

Señorita Stinson. Cuando Mal Daugherty regresó a Washington, dijo que después de haber obtenido los documentos necesarios como Administrador, había venido y se sentía muy halagado porque Jess lo había nombrado administrador sin fianza en su testamento; pero cuando llegó a Washington y yo le dije dónde encontrar las distintas cuentas...

Senador Wheeler. Un momento. El señor Daugherty es albacea del testamento, sin fianza?

Señorita Stinson. Sí señor.

Senador Wheeler. Y el señor H. M. Daugherty está también nombrado albacea en el testamento, sin fianza?

NOTA 25.

Investigación de Harry M. Daugherty, Pág. 2532.

Senador Wheeler. ¿Cuándo comenzó usted a trabajar como taquígrafa en el Departamento de Justicia?

Señora Duckstein. Creo que el 7 de agosto de 1921.

Senador Wheeler. ¿Dijo usted agosto 7 de 1921?

Señora Duckstein. Sí.

Senador Wheeler. ¿Eso fué poco después de que el señor Daugherty fué nombrado Abogado General?

Señora Duckstein. Sí.

Senador Wheeler. ¿Y había conocido usted al señor Daugherty antes de esa fecha?

Señora Duckstein. No, yo no lo había conocido.

Senador Wheeler. ¿Conocía usted a Jess Smith antes de esa fecha?

Sra. Duckstein. No; no conocía a ninguno de los dos.

Senador Wheeler. ¿Cuándo conoció usted al señor Jess Smith?

Sra. Duckstein. Lo conocí el día que fui al Departamento de Justicia; el primer día que fui ahí.

Senador Wheeler. ¿Cuándo conoció al señor Daugherty?

Sra. Duckstein. No me acuerdo.

Senador Wheeler. ¿Después de aquella fecha?

Sra. Duckstein. Algún tiempo después de esa fecha, cuando yo estaba trabajando en su oficina.

Senador Wheeler. ¿Dijo usted que cuando estuvo trabajando en su oficina?

Sra. Duckstein. Sí señor.

Senador Wheeler. Durante el tiempo que estuvo usted en el Departamento de Justicia como taquígrafa, tuvo usted oportunidad de tomar dictado de Jess Smith?

Sra. Duckstein. Sí llegué a tomarlo.

Senador Wheeler. ¿Se servirá usted decir al Comité en qué circunstancias tomó usted el dictado y dónde?

Sra. Duckstein. El señor Smith quería una taquígrafa muy rápida y descubrió que yo lo era, de manera que me mandó llamar y tomé su dictado en su oficina privada en el sexto piso del Departamento de Justicia.

Senador Wheeler. En su oficina privada del sexto piso del Departamento de Justicia, ¿dijo usted?

Señora Duckstein. Sí señor.

Senador Wheeler. ¿Qué clase de correspondencia le dictó?

Sra. Duckstein. Eran toda clase de asuntos. Escribió muchas cartas particulares a personas en todo el país, y además cartas de negocios a sus agentes aduanales sobre algunos artículos, y sobre el manejo de su tienda en Washington Court House, y cartas personales al

Presidente y a la señora Harding.... ¡ah! no para el Presidente, sino para la señora Harding.

Senador Wheeler. ¿Escribía cartas personales a la señora Harding?

Señora Duckstein. Sí, y atendía algunos asuntos para el Presidente. También atendía asuntos para el señor Daugherty.

Senador Wheeler. ¿Y qué asuntos atendía para el Presidente Harding, sabe usted?

Señora Duckstein. Lo principal, según sé, que él haya atendido para el Presidente Harding, fué sobre la investigación de un libro, una publicación injuriosa sobre el Presidente.

NOTA 26.

"New York Times", mayo 31, 1923.

UN AMIGO DE DAUGHERTY SE SUICIDA EN SU CUARTO.

Jesse W. Smith se suicida en el Apartamento de Washington del Abogado General, agobiado por su mala salud... Siempre reinó en Washington un misterio impenetrable sobre la relación exacta entre el señor Smith y la Administración, y principalmente con el Departamento de Justicia. Constantemente estaba con el señor Daugherty...

NOTA 27.

Registros del Congreso, página 4412, Marzo 18-1924.

Senador Heflin. Señor Presidente, siempre que los canallas pueden meter mano en el engranaje de la justicia en este país, y con el producto de sus crímenes compran la inmunidad contra la persecución, hay algo que anda muy mal y entonces es el tiempo más oportuno para protestar contra una situación tan peligrosa y nefasta.

¿Estaba persiguiendo a esa gente el Abogado General? ¡No! El testimonio señala que

era parte de ellos. Uno de los hombres relacionados con el asunto, Jess Smith, ha muerto; algunos dicen que por su propia mano y otros que no saben cómo; pero él murió en el apartamento del señor Daugherty, según entiendo.

Algunas personas seguirán preguntando mucho tiempo para qué trajo aquí a Jess Smith el señor Daugherty, poniéndolo al servicio del Departamento de Justicia... un humilde empleado de tienda, se me ha dicho, sin conocimiento de la ley y sin experiencia en el trabajo que se le asignó. Repito: ¿con qué objeto fué traído este hombre por el señor Daugherty? ¡Y cuán conspicuamente ha figurado en los descubrimientos terribles que se han venido haciendo! El ha muerto; algunos dicen que se suicidó; otros opinan que fué asesinado; él, en su testamento, se acordó de algunos de sus amigos, y entiendo que, como es natural, los que mencionaba en su testamento recibieron beneficio con su muerte".

NOTA 28.

De "Los Secretos de la Casa Blanca", por la señora Jeffray, página 85.

"Me acuerdo de una vez muy especialmente, cuando el señor Daugherty era invitado (huésped) en mi casa. Como a las siete y media de la mañana, lo oí cerrar con estrépito la puerta de su cuarto y correr al vestíbulo, llamar por teléfono, y en voz alta reclamar a un ujier el motivo por el cual no había podido lograr hablar al señor Smith por teléfono a las habitaciones suyas (del señor Daugherty).

"El señor Smith ha muerto" le había replicado el ujier; "se suicidó en la mañana temprano". Aquel señor Smith era el famoso Jess Smith, y se supo que el señor Daugherty había estado con él la noche anterior, casi hasta media noche".

NOTA 29.

Investigación de Harry M. Daugherty. Pág. 2850.

Señor Means.

Rendí un informe sobre el Diputado Woodruff y dije que él no perseguía absolutamente ningún objetivo; tratábamos de descubrir si él tenía algún motivo oculto en lo que estaba haciendo, y qué era lo que perseguía. Mi informe mostró que era completamente sincero en lo que estaba haciendo y que él creía que se habían dado pasos ante el Departamento de Justicia que obstruían las investigaciones de los casos de fraudes de guerra. Ellos querían aclarar si el Diputado Woodruff era sincero en lo que hacía y también el Diputado Johnson. Escuché las conversaciones de ambos, y me convencí de que eran completamente sinceros en lo que decían. Cuando las acusaciones Keller se presentaron, el Diputado Woodruff, sin embargo, poco o nada tuvo que ver con ellas y así lo informé; ni él ni el Capital Scaife. El Capitán Scaife estuvo a punto de no unirse; en realidad lo que hizo fué desligarse. Las acusaciones Keller eran independientes de las que hicieron el Diputado Johnson y el Capitán Scaife en abril de 1922.

Senador Wheeler.

Means, lo que quiero saber es esto: ¿Hizo usted informes diarios durante la investigación y durante los trámites de las acusaciones?

Señor Means.

No tal, después de que comenzaron los trámites, Senador; ni tampoco posteriormente, pues como eran audiencias públicas, usted comprenderá que no había mucho trabajo confidencial que hacer; pero sí los rendí antes.

Senador Wheeler.

¿Los hizo usted con anterioridad?

Means.

Sí señor. Informé lo que el partido laborista estaba haciendo... que estaban aliándose con el Senador Keller...

Senador Wheeler

interrumpiendo: ¿Quiere decir Diputado Keller?

Señor Means.

Sí señor, el Diputado Keller; usted sabe que el elemento trabajador se unió al Senador Keller...

Senador Wheeler

interrumpiendo: El Diputado Keller.

Señor Means.

Sí, al diputado Keller al formular estas acusaciones. Ese asunto resultó importante para el Departamento de Justicia, que apoyaba al Diputado Keller. En realidad se dedicaron a traer aquí al señor Samuel Untermyer, o tenían la esperanza de traerlo para que hiciera las acusaciones; creo que él estaba en Europa; decidieron esperar su regreso; lo supe y...

Senador Wheeler

interrumpiendo: ¿Lo informó usted de nuevo al Departamento de Justicia?

NOTA 30 (a).

Relacionado con la muerte del Presidente Harding. Del "New York Times", agosto 3 de 1923.

EL PRESIDENTE HARDING MUERE REPENTINAMENTE.
Ataque de Apoplejía a las 7.30 p. m.

El ataque fatal llegó sin anunciarse; la señora Harding estaba leyendo algo a su esposo cuando aparecieron los primeros síntomas; ella corrió a buscar al doctor.

El Presidente murió a las 7.30 p. m.; la señora Harding y las dos enfermeras, señoritas Ruth Powderly y Sue Drusser, se encontraban en la habitación del enfermo en esos momentos. La señora Harding estaba leyendo al Presidente, cuando repentinamente y sin síntomas que lo anunciaran, un ligero estertor agitó su cuerpo y cayó inerte; todos comprendieron que el fin había llegado. Su muerte fue causada por un ataque de apoplejía.

NOTA 30 (b).

Del "New York Times", agosto 4 de 1923.

EL INFORME DE LO QUE PASO EN LA HABITACION DONDE
EL PRESIDENTE SUFRIO EL ATAQUE, AUN SE NOTA ALGO
VAGO.

El General Sawyer estaba o en la habitación o inmediato a ella.

Hoy declaró categóricamente el señor Welliver, quien substituye al secretario Christian durante su ausencia, que el informe oficial de la muerte del Presidente estuvo equivocado al

omitir que el General Sawyer estaba en la habitación en aquellos momentos.

NOTA 30 (c).

Del "New York Times", Agosto 4, 1923, pág. 2 col. 2.

La hora exacta de la muerte del Presidente Harding continúa siendo un enigma. Oficialmente se anunció que a las 7.30, pero según personas que hablaron con el General Sawyer, médico de cabecera del Presidente, éste manifestó que cuando se dieron cuenta de que el Presidente había fallecido vió su reloj, y éste marcaba las 7.20 en punto.

El General Sawyer estaba en la habitación con el Presidente o inmediato a la puerta cuando el ataque fatal sobrevino. El fué el primer doctor que llegó a la cabecera del finado Presidente.

NOTA 30 (d).

Del "New York Times", agosto 5 de 1923.

LOS ULTIMOS MOMENTOS DEL SEÑOR HARDING.
LA ULTIMA Y AUTORIZADA VERSION.

Dice que el Doctor Sawyer tenía en sus manos la del Presidente, mientras que su esposa le leía.

Hay diversas versiones de los incidentes que rodearon la muerte del Presidente Harding. La sorpresa y la natural confusión impidieron que los que intervinieron de cerca en la escena final en la habitación del señor Harding en el Hotel Palace, se dieran cuenta exacta de los acontecimientos.

Alguien que estaba cerca dijo que la señora Harding había corrido a la puerta de la habitación pidiendo la ayuda del doctor de su esposo. Se dijo que el General Sawyer, el médico de cabecera del finado Presidente Harding, no estaba en la habitación al morir el Presidente. La gente, nerviosa o atolondrada por la inesperada tragedia, no pudo dar una relación coherente de lo que acaeció.

El correspondal del New York Times cree que la siguiente versión es la más precisa que puede obtenerse. Esta versión se obtuvo gracias al esfuerzo de un miembro de la comitiva presidencial, que se empeñó en reunir todos los detalles, etc., etc.

El informe oficial estaba erróneo. La señora Harding y el General Sawyer estaban solos con el Presidente en aquel momento. La enfermera, señorita Ruth Powderly, estaba fuera, etc., etc.

NOTA 31.

"New York World", agosto 4 de 1923.

NO SE TOMARA LA MASCARA MORTUORIA.
LA SEÑORA HARDING NO LO DESEA.

No se tomará la máscara mortuoria del Presidente Harding. Los funcionarios del Gabinete que acompañaban a la comitiva Presidencial se reunieron anoche y convinieron en solicitar de la señora Harding, que permita que el escultor J. Earl Cummings, de San Francisco, grave la fisonomía de su esposo.

Aun cuando es costumbre, cuando muere un Presidente, hacer una efigie facial para que pase a la posteridad, la señora puso objeciones a este trámite.

NOTA 32.

Del "New York Times", agosto 5 de 1923.

LA CONDUCTA DE LA SEÑORA HARDING DURANTE LAS
INVESTIGACIONES.

La señora Harding parece calmada. Ha dicho a sus partidarios y a los parientes del finado Presidente que vinieron a acompañarla esta tarde hasta muy noche, que en realidad no se había dado cuenta de la tremenda desgracia que se ha abatido sobre ella. Añadió que tenía un deber que cumplir y debía hacerse fuerte...

(El New York Times, describiendo el entierro). La señora Harding, vestida de riguroso luto... etc., etc. Sus ojos estaban secos al terminarse las plegarias... y mientras la señora Harding, con su figura entristecida, tenía los ojos secos, lágrimas de enternecimiento corrían libremente por las mejillas de muchos de los presentes... La señora Harding estaba muy calmada... se dominaba admirablemente. Demostró nuevamente la entereza que sin duda debe haber sido lo que la permitió reponerse de su última enfermedad.

NOTA 33.

Nan Britton reveló su aventura con el Presidente Harding, en un libro que escribió y publicó en 1927, intitulado "La Hija del Presidente".

NOTA 34.

Investigación de Harry M. Daugherty. Pág. 811.

Señor Chamberlain. Usted convendrá en justicia, señor Presidente, que la persecución contra Means comenzó antes de esta investigación.

El Presidente. Sí, pero hay muchos procedimientos que se iniciaron hace uno o dos años, que nunca se han llevado a juicio.

Señor Chamberlain. Solamente estoy sugiriendo que el señor Daugherty obró con la actividad debida en ese asunto.

Senador Wheeler. Permítame decirle esto, Senador Chamberlain: El caso de Means nunca se tramitó, según entiendo, hasta que se hizo público que Means me había proporcionado algunos informes y hasta que los periódicos de Nueva York publicaron que él me había confiado ciertos datos; entonces fué cuando el departamento hizo un esfuerzo muy rápido por radicar aquellos casos en Nueva York.

NOTA 35.

Investigación de Harry M. Daugherty. Pág. 2845.

Senador Wheeler. Permítame preguntar aquí exactamente: ¿No es un hecho que usted estuvo trabajando con el señor Burns durante el tiempo de los trámites de la acusación del señor Daugherty ante el Congreso?

Señor Means. Sí lo estaba.

Senador Wheeler. ¿Y no es también un hecho, señor Means, que los señores Burns y Daugherty pidieron

a usted que fuera al comité e investigara todo lo que pudiera, respecto a las actividades del mismo, e informara a ambos, Daugherty y Burns?

Señor Means.

La noche en que se hicieron los cargos al Abogado General Harry M. Daugherty, en la oficina del News, yo obtuve una copia, y estoy perfectamente seguro de que aquellas eran precisamente las acusaciones, porque estaba vigilando al grupo. La llevé al Departamento de Justicia, entré al despacho donde estaba el señor Howland y se la entregué; confrontó aquellas acusaciones con algunas otras que él tenía. Dije al señor Burns, que estaba ahí de pie, que aquellas eran las acusaciones oficiales tal y como serían presentadas, y que había obtenido una copia de carbón de las mismas, ocho minutos después de que habían salido de la máquina de escribir; había estado esperando para poder conseguirla.

También llevé conmigo al Departamento de Justicia esa noche, cinco contrabandistas a quienes había estado ayudando para saber lo que hacían. Tenía dos o tres comisiones que cumplir. Había encontrado a los contrabandistas en el Hotel Hamilton, a donde había llegado con el carro del señor Burns, que él me facilitó para conseguir la copia de los cargos, y a él hice subir a los contrabandistas; hablé con ellos en el camino y supe muchísimos detalles que a ellos se referían. Regresé con las acusaciones y las entregué al señor Howland, que estaba ahí sentado esperando.

NOTA 36 (a).

Investigación de Harry M. Daugherty, Pág. 124.

Senador Ashurst.

(Después de que Means declaró con relación a las "sangrías" cobradas por las películas de la lucha Dempsey-Carpentier). Señor Means, usted podrá estar bajo acusación, pero hoy ha prestado un valeroso servicio a la causa de la verdad y de la justicia. Es la primera vez que veo que el fin justifica los medios.

NOTA 36 (b).

Página 657. Investigación de Daugherty (Cuando la opinión de Daugherty negaba la veracidad del testimonio de Means).

Senador Wheeler. Ahora quiero que las personas que han dicho que estamos dando crédito a pruebas dudosas en este caso, acepten la palabra de los señores Goff y Burns, que son ciudadanos dignos de todo respeto.

Senador Ashurst. Y sería bueno creer también la palabra del finado Presidente Harding, uno de cuyos últimos pasos oficiales fué emplear al señor Means, como consta por las muchas pruebas que hay de ello.

NOTA 37.

HARRY DAUGHERTY. (Del "New York Nation", octubre primero de 1924).

Harry Daugherty tuvo miedo. Después de meses de echar bravatas y fanfarronadas no se atrevió a figurar públicamente como testigo y contestar así las dudas sobre sus actos. Se escondió tras de un tecnicismo. No es la clase de hombre que lucha abiertamente. Dos veces se ha revelado como el luchador más cobarde...

Daugherty calló durante algún tiempo, apareciendo en los periódicos solamente en relación con la defensa de su hermano para no permitir que se examinaran sus cuentas bancarias. Ahora juega distinta carta. Uno de los muchos testigos que declararon sobre la bajeza y corrupción de su departamento fué Gaston B. Means, anteriormente empleado del departamento e íntimo de Daugherty. El señor Means estaba acusado en Nueva York por infracción de las leyes del estado seco. Inmediatamente que declaró contra Daugherty se agravó la persecución; Means fué convicto y sentenciado a dos años de prisión. Means dijo al Senador Wheeler que no tenía dinero para pagar su defensa, y que un representante de Daugherty se le había acercado ofreciendo libertarlo si cancelaba sus declaraciones.

NOTA 38.

"New York Times", mayo 14 de 1926.

JOHN T. KING, Notable Político, Muere.

...Después de terminar su carrera política, lo cual fué en 1920 por todos los indicios que ha sido posible obtener, el señor King se vió envuelto en líos relacionados con Harry Daugherty, antiguo Abogado General de los Estados Unidos y con el Coronel T. W. Miller, antes Encargado de las Propiedades Aliadas; fué acusado a principios de 1926, de conspirar para defraudar al Gobierno de los Estados Unidos en el caso de la "American Metals". La acusación consistía en que se había hecho recoger siete millones de dólares de los fondos de la Compañía, retirándolos de la vigilancia del Gobierno, que los había confiscado durante la Guerra Mundial, y pasándolos a una compañía Suiza. Se atribuía a los acusados haber aceptado una comisión de \$441,000.

El Coronel Miller fué el primero delatado de los tres; su acusación fué seguida de una prolongada investigación de parte del Gobierno; se dijo entonces que el Gobierno esperaba utilizar al señor King como testigo para probar los supuestos pagos de \$391,000 en Bonos de la Libertad, como parte de una transacción, al Coronel Miller, al finado Jesse W. Smith, amigo del señor Daugherty, y a él (King). El señor King fué posteriormente acusado de supuesto perjurio, por no haber incluido en su pago del Impuesto de Entradas por 1921 la parte de bonos de la Libertad que se le pagó en el negocio de la "American Metals"....

NOTA 39.

"New York Times", septiembre 24-1924.

EL GENERAL BRIGADIER SAWYER MUERE DURANTE EL SUEÑO.

La muerte del General Sawyer fué casi idéntica a la del finado Warren G. Harding, cuando el General Sawyer estaba con el Presidente en San Francisco. La señora Harding estaba en la hacienda "White Oaks" (donde vivía Sawyer), cuando el General Sawyer fué encontrado muerto.

Los miembros de su familia no tenían noticia de la gravedad del General hasta el momento en que expiró.

NOTA 40.

"New York Times", noviembre 22, 1924.

LA SEÑORA HARDING MUERE DESPUES DE LARGA AGONIA.

Falleció de una enfermedad crónica, en la casa
de Sawyer en Marion, Ohio.

APENDICE "B".

Los siguientes libros, documentos, periódicos y otras publicaciones contienen informes independientes y a veces confirmativos, con relación a muchos de los incidentes que se describen en el presente trabajo:

- "He conocido Presidentes",
(Presidents I've Known), por Chas W. Thompson.
- "Los Espejos de Washington",
(The Mirrors of Washington), por C. W. Gilbert.
- "Los Secretos de la Casa Blanca",
(Secrets of the White House), Mrs. E. Jeffray.
- "La Respuesta",
(The Answer), por Joseph de Barthe.
- "La Hija del Presidente",
(The President's Daughter), por Nan Britton.
- "La Vida y Experiencia de W. G. Harding",
(Life and Times of W. G. Harding), J. M. Chapple.
- "La Vida de W. G. Harding",
(The Life of W. G. Harding), por W. F. Johnson.
- "De Impresor a Presidente",
(From Printer to President), por S. A. Cuneo.
- "Audiencias ante el Comité Jurídico", Cámara de Diputados...
Acusaciones del Hon. Oscar E. Keller, de la 67a. Legislatura,
contra el Abogado General de los Estados Unidos.

(Hearings before the Committee on Judiciary.
House of Representatives, Sixty Seventh Congress
Charges of Hon. Oscar E. Keller against the At-
torney General of the United States).
- "Audiencias ante el Comité Especial de Investigación del Abo-
gado General, Senado de los Estados Unidos, 68a. Legislatura".

(Hearings before the Select Committee on Inves-
tigation of the Attorney General, United States
Senate, Sixty Eighth Congress).
- El Archivo del Congreso, de 1923 a 1929. El "New York Times",
El "New York World", y "La Nación".

FOTOGRAFIAS: Las fotografías utilizadas lo fueron por ga-
lantería de Underwood & Underwood; Fotografías de todo el Mun-
do; Fotos del Pacífico y del Atlántico.